

ORÓSPEDA

REVISTA QUINCENAL
CIENCIA * LITERATURA * ARTE

Año II

Murcia 15 de Febrero de 1917

Núm. 6

DE LA MURCIA VIEJA

Un hombre de carácter

(Episodio lírico casi dramático)

Algo de este episodio tengo yo publicado en algún periódico local, hace años, pero posteriormente adquirí unos datos complementarios de él, que tuvo a bien facilitarme mi ilustre amigo el marqués de Aledo, de gratisima memoria.

Aunque con mal aliño presentado, voy a ofrecerlo a los lectores de ORÓSPEDA como un pequeño cuadro de época con sus miajas de psicología colectiva.

Allá en la primavera del año 40 del último siglo trabajaba en el viejo teatro del Toro, frontero al Val de San Juan, una compañía de operistas que había caído aquí de pie, según el dicho vulgar, por el favor que el público dispensaba a los cantantes, llenándoles de dinero la taquilla.

En la no muy espaciosa, pero bien acomodada sala, dábase cita lo más florido de Murcia y aún de los pueblos próximos, apesar de lo revuelta que la política traía a menudo la vida pública.

En las localidades principales brillaban con el esplendor de sus galas, las familias más prestigiosas de la sociedad murciana, tales como las de Samaniego (alcalde mayor;) marqués de Camacho, don Luis Manresa, don José Somogí, Sanchez-Ososo, don Tomás Guerra, Codorniu, Santaló y otras que fuera prolijo enumerar.

El palco presidencial lo ocupó la noche del 15 de Mayo el jefe político don Martín de Foronda

y el del Ayuntamiento el alcalde don Juan Antonio Samaniego.

Entre éste y el jefe político no existían las mejores corrientes de simpatía, porque el tal Foronda era hombre autoritario, áspero y bravucón, y miraba por encima del hombre a los demás mortales que caían bajo su férula de mandarín.

Por aquellos días, don Martín y el coronel Casellas habían dado un susto mayúsculo a cierto miliciano apodado *El Feo*, a quien por una puerilidad sentenció a muerte el tribunal militar. El pobre había cometido el espantable delito de salir de casa con un bastoncillo de espino, contra lo que rezaba el bando publicado momentos antes por el terrorista Casellas, en quien Poronda había resignado pasajeramente el mando.

Ello fué que al infeliz Domingo Ramón (a) Feo (que no lo era, al decir de quien lo conoció) le condujeron ceremoniosamente, acompañado de un sacerdote que le exhortaba a bien morir, desde Santo Domingo al Arenal, por la Trapearía, seguido de un piquete de tropa y dos piezas de artillería, y que si no se ata bien los calzones la Milicia Nacional, ante semejante escándalo, lo habría pasado mal la pobre víctima.

Pero, gracias a esta entereza, de los milicianos que hostilmente recibieron a la imponente comitiva en el Arenal, el Feo pudo pasearse libremente a otro día, aunque sin el apoyo de su bastón de espino, causa de aquella atroz sentencia.

Esta y otras proezas semejantes, hicieron que la gente pusiera la cara larga ante la presencia de Foronda, y éste, que tenía bien advertida la sorda hostilidad popular, por lo que tronar pudiera, se hacía acompañar de una ronda de hombres de pelo en pecho que, armado hasta los dientes, guardaban la persona del jefe

político de cualquier emboscada o zumbido traicionero.

La noche que antes mencionamos, don Martín de Foronda estaba de malos humos y, por si se le ocurría alguna atrocidad, sin duda, había dejado la ronda a la parte afuera del teatro.

Pues, sí, señor, se le ocurrió enseguida.

Se cantaba la ópera «Clara de Rosenberg», y, por qué nó, el público que oía con deleite el famoso *duo de las pistolas*, se entusiasmó de tal modo al final, que a una sola voz prorrumpió:— «¡Que se repita! ¡Que se repita!»

— ¡Cómo que se repita!— tronó desde su asiento el despótico Foronda.— ¡Pues no se repite, ea!

Por lo visto, al jefe le sentó mal que el público se entusiasmara sin permiso de la autoridad competente.

— ¡Que se repita!— gritaban insistentes los espectadores.

Y entonces, Foronda, colérico y fuera de sí levantóse de su asiento y exclamó:

— ¿Es que son seguidillas?

Oír el público semejante insulto y abandonar, como una sola persona, sus localidades, fué obra de un santiamén.

La función terminó en aquel momento.

Desde una de las ventanas altas, un esbirro del jefe político previno a la ronda que atajase la puerta de salida.

En los pasillos la gente se estrujaba por ganar la puerta, pero cuando franquearla intentaba, Foronda y los suyos, armados éstos de cuchillos y pistolas, gritaban como energúmenos:

— ¡Atrás, puños, atrás, ó hacemos fuego!

El alcalde, el marqués de Camacho y otras personas de viso, se esforzaron inútilmente en convencer a Foronda de que no era quión para impedir este acto espontáneo y pacífico del público.

Pero ¡bueno tenía don Martín el horno para rosquillas!

El caso fué que la muchedumbre tuvo que salir en avalancha, arrollando a aquel pelotón de insolentes, apesar de sus amenazadoras intimaciones.

Un niño melenudo, de ojos vivos, que momentos antes ensordecía la sala, gritando con voz de infantilillo ¡que se repita! ¡que se repita! salió cogidito de la mano de su madre, por entre las armas de la turba forondina y con riesgo de no haber vuelto a pisar jamás el teatro.

— ¡Él, que treinta años después había de electri-

zar a los públicos con la magia de su genio y arrebatarlos con la inspiración de su musa portentosa!

Porque aquel niño, de ojos vivos y aflautada voz, se llamaba Pepito Echegaray y aquella respetable dama doña Manuela Izaguirre, esposa del médico-cirujano y catedrático del Instituto de Murcia don José Echegaray, avecindado en Murcia cinco años antes.

II

La segunda parte de este episodio pudo ser trágica, pero un certero golpe de ingenio hizo que terminara casi en sainete.

Para la noche siguiente estaba anunciada la ópera «Los Puritanos», cantada en español, según costumbre en aquella época.

El público, indignado con lo ocurrido, preparaba a Foronda una de esas rechiflas definitivas, aunque ella costara salir a tiros.

El jefe político lo sabía, y como era duro y terco, también él acudió con las de Caín y además con su ronda reforzada y distribuida estratégicamente.

Mandó que antes de alzarse el telón apareciera en su palco el censor de teatros don Víctor Vergara (padre de don Mariano, el marqués de Aledo) y éste, obediente, abandonó la luneta que tenía abonada y tomó asiento junto a Foronda.

El público, distinguido y avisado, no hizo demostración alguna contra el autoritario don Martín, esperando, sin duda, una oportunidad, y la oportunidad sería el momento de pedir una repetición.

Deslizábase la representación tranquilamente; pero, al llegar a la preciosa frase «suene la tromba intrépida», el público pareció como si se encrespase, y Foronda dijo al censor:

— La verdad es que esto es muy hermoso, pero va a dar lugar a un conflicto, porque querrán que se repita y yo no he de consentirlo.

— Ese conflicto evitaría yo— dijo don Víctor— si usted me dejase obrar, sin inquirir cómo.

— Concedido, pero bajo su responsabilidad— replicó Foronda.

— Aceptado— añadió el censor.

Del palco presidencial corría un alambre que comunicaba con el escenario y hacía sonar una campanilla de señales, ya convenidas, que el público conocía tanto como los artistas.

Un momento antes de terminar el número, la campanilla repiqueteó con fuerza, insistentemente, sin que Foronda, preocupado con lo que se le venía encima, se diese cuenta de los tironeos que a su vera estaba dando el precavido don Víctor.

El público, advertido de que la campanilla pedía la repetición por espontáneo impulso del jefe político, se puso de pie y rompió en un estruendoso aplauso, que dejó a Foronda como a quien ve visiones y más blando que la mantequilla.

Cuando terminó la repetición, Foronda abrazó a don Víctor Vergara por su feliz maniobra, y éste le dijo por lo bajo:

—He hecho lo que he hecho porque, como murciano y hombre de sociedad, sabía que si no suena la campanilla, «la tromba intrépida» se la carga usted.

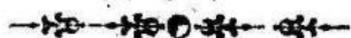
A la postre se la cargó, porque de la información abierta, por orden superior, sobre el caso de «El Feo» y este del teatro, en que declararon encopetadas damas y caballeros, resultó la necesidad de su traslado a otra parte.

Y se cuenta que al trasponer la Puerta de Castilla el coche que se lo llevó, no faltó un corro de guasones que lo despidiera exclamando:

—¡Toma, toma seguidillas!

OSÉ FRUTOS BAEZA.

LA EDUCACIÓN ECONÓMICA DE LA REGIÓN MURCIANA



El economista castellano Miguel Alvarez Osorio decía que seis accidentes destruyen la multitud en una nación: ociosidad, hambre, peste, expulsión de vasallos, guerra y faltar el *don de consejo*; a este último atribuía el origen de los otros cinco. Y como de tal don no halló testimonio alguno en la Historia de la Política española, hubo de juzgar necesario «que Dios enviara un Ángel para acertar el buen gobierno de la monar-

quía». Pasados más de dos siglos, el coloso aragonés Joaquín Costa atribuyó la caída de España a esa deficiencia constitucional; y por la misma murió temiendo que no se levantara más la nación de sus amores grandes. Clavada en el madero como en 1898, la ha sorprendido la Guerra europea, no obstante el alzamiento nacional de Zaragoza; y no es lo grave que nuestras clases directoras no quieran desclavarla, sino que entretenida la mayor parte de la gente nueva con la formación de requetés, juventudes mauristas, reformistas, republicanas, etc. (porque ha creído en la posibilidad de redimir a España mediante esta o la otra forma política), no escucha el clamor de los hambrientos de pan y de justicia, ni se advierte de las causas y las consecuencias del éxodo sin fin de nuestros trabajadores, ni reflexiona acerca de los planes financieros de Santiago Alba, ni tiene un gesto que oponer a la discusión sobre la compatibilidad de las funciones del negociante con el ejercicio del Poder público. Demasiado entretenida la gente nueva y demasiado tocada del *arrivismo*, no se preocupa del Calvario de la Patria; y es que sigue faltándonos el don de consejo. Pero la *desgracia* de la general dislocación, dará vista a los ciegos y oído a los sordos; acabará con ciertas nociones sociales, y la juventud entera comprenderá, una vez por todas, *que no se sube*, sino que se vive, se realiza, se tiene la dirección de sí mismo, fuera de la cual no hay nada. «La idea, la grande, hermosa y urgente idea de que no se llega más que a lo que se es—dice Camille Mauclair—, será uno de los fundamentos de la moral inminente, de la que la época espera, de la que será tan necesaria como el pan y el sol.»

La elocuencia de los hechos está demostrando que las amenazas y los golpes que actualmente sufrimos se deben más a la pasividad de nuestras energías que a la actividad de otras naciones. Comparando la vida industrial de los pueblos latinos con la de los sajones, se ha llegado a formular conclusiones despectivas para la raza. «Esta confesión de impotencia cobardemente pesimista—dice Felix F. Palavicine—, no tiene fundamento. La cuestión es puramente pedagógica, es un problema de método, de or-

ganización y de disciplina». En efecto: esa afirmación del ilustre mexicano se descubre estudiando cómo se realizó el crecimiento portentoso, formidable, de la industria y el comercio en Alemania, en los Estados Unidos de Norteamérica, en Bélgica... Siendo Ministro de Instrucción pública Santiago Alba, lo demostró así con su discurso de apertura del curso de 1912 a 1913 en la Universidad de Valladolid. Mediante una política pedagógica de grande intensidad técnica, en la que con el Gobierno actúa el Pueblo, es como se han logrado tan brillantes victorias industriales. La Ciencia juega un papel decisivo en la vida de los pueblos; y constituyendo verdaderas ciencias la Agricultura, la Industria y el Comercio, exigen ser estudiadas en sus leyes y en sus métodos, haciéndolas extensivas, no sólo a los directores de industrias o gestores de negocios, sino al estímulo de las aptitudes técnicas de los trabajadores manuales, organizando para los oficios enseñanzas técnicas con carácter práctico y de inmediata aplicación. No hay otros medios para difundir y ensanchar la esfera de acción de toda potencia industrial y mercantil, ni para vivir con dignidad é independencia.

El órgano de la *Liga Nacional de Productores* escribe en su último número y a propósito de nuestro indiferentismo ante la ocasión para dejar de ser tributarios del Extranjero: «La metalurgia, en primer término, así como las industrias químicas y las agrícolas, debían haber tomado en España, en estos dos últimos años, un desenvolvimiento potente. Si en tales circunstancias no se ha desarrollado el espíritu de asociación; si la necesidad no ha sido estímulo; si la industria no ha adquirido el impulso necesario, no debemos esperar ya ocasiones más propicias, porque terminado el conflicto, seremos sustituidos en los mercados eventuales que el azar nos ha proporcionado. No sólo la competencia será imposible, sino que nosotros mismos volveremos a ser tributarios de esos países más adelantados, con la triste ironía de que sean nuestros propios obreros los que vayan a trabajar en su provecho.»

Se ha querido que produjésemos todo lo necesario para nuestra vida y para nues-

tra defensa con las primeras materias nacionales, con obreros nacionales, con energía nacional, con inteligencia nacional, y que lo hiciésemos todo con el espíritu de sacrificio individual, en aras del bien colectivo, con un rigorismo moral intachable. En una palabra: se pretendía que hiciéramos la más radical de las revoluciones, sin pensar que falta el espíritu, el alma de esa revolución que ha de preparar nuestro levantamiento económico. Y como no son estos tiempos favorables al milagro, es cosa infantil esperar cosecha sin contar de antemano con re-turaciones, abonos, siembras y apropiado ambiente, pues que Dios nonos envía el Angel deseado para acertar el buen gobierno de esta Monarquía, y por experiencia sabemos hasta donde es prudente esperar las obras del Poder central, que las Regiones fien al propio esfuerzo su salvación; sino, se arruinarán y para siempre.

Atravesamos días de grandes pesimismo; a pesar de ello, creemos en la proximidad de las grandes vísperas, que nos abrirán el pecho a la esperanza. Cesen ya los dobles de campanas y que en buen hora suenen los yunques. Los huertanos reivindicando la personalidad de la Región Murciana al mostrar sus ansias de vida en las mismas gradas del trono, señalan el camino y los medios para su redención económica; este acto ha constituido el más santo y hermoso ejemplo de civismo que los españoles de Murcia han dado en nuestro tiempo.

El huertano Juan Velasco, cuyo temple e iniciativas recuerdan los gloriosos nombres de aquellos agricultores que se inmortalizaron en las fundaciones de los Estados de América del Norte, ha expuesto al Rey un programa político, el único programa para solucionar el problema nacional: la educación económica de nuestro pueblo. Hablando don Alfonso XIII acerca del desenvolvimiento de la producción sedera en nuestra Huerta, dijo el caudillo de nuestros trabajadores agrarios que «este año había subido a ochocientos ocho mil kilogramos, de quinientos mil, término medio, que se venía obteniendo en años próximos anteriores. ESTE DESARROLLO OBEDECE A CONTAR EN MURCIA CON UNA ESTACION SERICÍCOLA.....; a la adquisición

de semillas por la Federación Agraria, divulgadas y experimentadas en toda la Huerta, en calidad y en cantidad QUE PRODUCERON AYUDADOS CON LAS EXPERIENCIAS PUESTAS EN PRACTICA POR LA ESTACION SERICÍCOLA, EL NOTABLE AUMENTO QUE DEJAMOS ANOTADO.»

¿Y qué aumento se obtendría en la totalidad de la producción agrícola, si contara esta región con media docena de Granjas—Escuelas de Agricultura y de Escuelas de Peritos Agrícolas, dando a estos peritajes un carácter eminentemente práctico y de inmediata aplicación, y haciendo accesibles sus enseñanzas a los obreros? ¿Cuán grande no sería también el desenvolvimiento de las industrias de la región, si sus trabajadores poseyeran los conocimientos técnicos necesarios a sus oficios y profesiones? ¿A qué se espera para establecer en nuestro territorio unas cuantas Escuelas Industriales de Artes y Oficios que en breve plazo nos dieran unos centenares de Mecánicos, Electricistas, Químicos, Metalurgistas, ensayadores y Manufactureros, etc.? ¿Y cómo prescindir de las Escuelas de Comercio, cuyos estudios elementales tanta importancia tienen en la vida actual de la Humanidad? La enseñanza mercantil no sólo formaría buenos dependientes de comercio, sino también esos viajeros y esos representantes que admiramos por su provechosa colaboración en la prosperidad económica.

El Anuario recientemente publicado por el Instituto Geográfico y Estadístico, nos da la medida del resultado de nuestra apatía. *El setenta y cuatro por ciento de los habitantes de la Región murciana es analfabeto.* Pues con ser esto tan triste, la Estadística nos da otro número más desconsolador: *el número de matrimonios desciende aquí, año por año próximamente en seis centenas.* En su obra «Las Leyes de la población» sienta Cauderlier esta conclusión general: «Las necesidades y las facilidades de satisfacer las exigencias (morales y materiales) de la vida,

regulan los movimientos de la población en su totalidad y en sus medios esenciales.» Y una de las leyes que especifican esta conclusión nos dice, en resumen, que el número de matrimonios está en razón directa con las facilidades para la vida. No puede, en verdad, ser más favorable el medio geográfico; pero la falta de cultura económica hace negativo un resultado que debiera ser favorable, dada la íntima relación que existe entre los fenómenos económicos y el medio geográfico.

Examinando el Mapa pedagógico de España, vemos que el Estado tiene dispuestos para la educación económica de nuestra región los siguientes establecimientos: en Cartagena, una Escuela industrial donde se cursan los estudios para Peritos mecánicos y electricistas y los que preparan para Montadores electricistas y prácticos automovilistas; una Escuela de Ayudantes de minas y de fábricas metalúrgicas, y una Escuela de Náutica para las enseñanzas de Pilotos, Maquinistas mercantes y Patronos de cabotaje y pesca. En Murcia, una Estación Sericícola y estudios para el Peritaje agrícola en la Universidad. En Albacete, una Escuela elemental de Agricultura. En Hellín, una Estación olivarera. En Jumilla, una Estación enológica, y en Lorca, una Estación de Agricultura general.

Hay que reformar el Mapa pedagógico de España, cueste lo que cueste, y en el sentido que reclaman las necesidades de la vida económica de nuestro siglo. Sin que esta reforma suponga desvío hacia las enseñanzas que disponen para las profesiones liberales; no creemos que aquí sobran Abogados, Médicos, Literatos etc. no; lo que aquí sobran son arrivistas, señoritos, zánganos, si deseamos hacer Patria.

Se aproximan las grandes vísperas. El santo y hermoso ejemplo de los huertanos murcianos nos hace abrir el pecho a la esperanza.

ANTONIO PUIG CAMPILLO.

NUESTOS POETAS

EVOCACIÓN

*Como una somnolienta caravana
por el desierto, bajo el sol ardiente,
miro pasar las horas lentamente
á través del cristal de mi ventana.*

*Hondo silencio en derredor; lejana
una copla de amor turba el ambiente;
y á su caricia, evoca nuestra mente
un viejo idilio de la edad temprana.*

*Hora de juventud... hora florida
que perfumó de ensueño nuestra vida,
y en nuestro corazón vivió un momento
para esfumarse luego eternamente...
como esta copla lánguida y doliente
se extinguirá en las ráfagas de viento.*

ORIENTAL

*Zahara, tu belleza soberana
mi apasionado espíritu ilumina
con toda la grandeza peregrina
de la oriental stirpe musulmana.*

*Es el milagro de tu boca grana
un clavel de la vega granadina,
y todo el fuego del Islám, culmina
en tus rasgados ojos de sultana.*

*Apaga mi pasión ¡oh sarracena!
con tu mirada de misterios llena,
donde fulgura el luminoso Oriente*

*y en la red de tus párpados palpita...
que yo haré de tu pecho mi Mezquita
bajo la Media Luna de tu frente.*

F. FRUTOS RODRIGUEZ.

Por tierras de morería

Larache, pintoresco

Un arco vetusto, cuya ornamentación—acaso el único vestigio aquí notable del arte arábigo—hállase arruinada por todas las inclemencias asistidas de la incuria, da acceso a la Alcazaba.

Arriba del alto muro frontero con esta arquitectura ultrajada asoman dos ventanas del cuarto que ocupó en la hospedería. Desde ellas goza la mirada de una atrayente perspectiva.

A la derecha, allende un laberinto de encajadas viviendas morunas, a una banda y a otra de la curva azulada del río, vastas planicies, tapizadas de verdor a trechos, las cuales se alongan ascensionalmente, formando diversas cumbres de suaves ondulaciones. Sobre un manchón de tierra rojiza destacan alineadas las techumbres grises de los barracones, los tonos blancuzcos de las tiendas marciales que constituyen el campamento de Ras-Rémel. Y un poco más abajo, casi mirándose en el Lucus, yérguese una grúa, tras de la cual albean, silenciosas y dispersas, las casitas pertenecientes a la Sociedad germana encargada de las obras del puerto.

En el frente, la barra siniestra, en cuyas aguas turbulentas palpita, recio y sonoro, el horror de la leyenda...

A la izquierda, más allá de la red arbitraria que tejen las azoteas, el mar inmenso en su anchura terrible, espejo a las veces del sereno firmamento por su augusto sosiego, bravo e indomable, eterno enamorado de las rocas sobre las cuales lanza su espumante canción.

Y debajo de mí el llamado zoco chico, vía espaciosa de pulcro pavimento, recta hacia la mitad, orillada en grande parte de soporales y ennoblecida por el prestigio de la Mezquita.

Acodado en una de mis ventanas, mudos

testigos de pretéritos galanteos moriscos, contemplo ávido el desfile de este pueblo extraño, y observo discreto curiosos rasgos de la psicología marroquí.

*

En el zoco mencionado, arteria principal de Larache, sitio típico de reunión y de tránsito para indígenas y forasteros, comienza el bullicio desde las primeras horas.

Con rumbo a los mercados exteriores, discurren por tandas las moras venidas de los aduarez inmediatos. Pobrememente indumentadas, reflejado en sus faces el cansancio, sus cuerpos, pequeños y enjutos, se doblan bajo el pesado volumen de los yugos; son portadoras de enormes fardos de combustible, y en las manos aprisionan aves y hortalizas, cestos con huevos, breves ánforas con leche y frutas en sazón. Algunas farran sus piernas con míseros cueros para preservarlas contra la asechancia de vegetaciones alevosas; otras enseñan, al través de sucios harapos, los senos colgantes y exhaustos, y casi todas exhiben macizas ajorcas de plata en sus pulsos morenos y escuálidos. Páranse a menudo, requeridas por hebreos rapaces que acechan el paso jadeante de éstas sin ventura. Iniciado apenas el trato, estalla una contienda estrepitosa frente a la judáica tacañería, y el odio ruga al punto entre guturales acentos de ira incontenida.

Moros y judíos abren las puertas de sus comercios, angostos y ennegrecidos. Saltan tras los enhiestos mostradores y en ellos, algunos de los primeros, tendidos sobre un flanco, paladean indolentes sendos vasos de té, exquisito y aromatizado. Enfrente de las tiendas, unas cuantas moras, sentadas en el arroyo y veladas con el ancho jaique, venden panes enanos, puestos simétricamente en tableros cortos. A continuación perfílanse las seras de yerbabuena fresca, los tinglados de dátiles, garbanzos tostados, raras golosinas y confituras módicas.

Avanza la mañana, y el sol esplende colmándolo todo de fuego y de luz. En la acera próxima, tocados de gorro negro e induidos con la veste ritual, varios judíos, astrosos y descalzos, de rostros humildes pero con barbas agresivas y ojos protervos, muestran

resignados e inverecundos, el estigma centenario de su raza maldecida. No hay sensación de humana inmundicia semejante a la que ofrecen estos fieles de Adonái, proscritos de Israel.

Hurtándose al más leve contacto con ellos, moros decrepitos, y otros de edad indefinible, reposan contra el muro de una casa deshabitada, y sueñan inmóviles bajo la ardiente caricia solar. Aislado de todos, yace también un moro de semblante ascético y barba nazarena; encogido dentro de su chilaba parda, calada totalmente la capucha, sus pies desnudos y limpios, tienen una fina transparencia de carne infantil. Trasunto de un monje antiguo, soporta con una idiosincrasia magnífica su heredada *santidad*. Nunca departe con sus vecinos, y con frecuencia sus ojos se alzan hacia el horizonte y allí se posan largo tiempo, en éxtasis franciscano, como si su espíritu, vertido en sus miradas, saborease una dicha ignota, espaciándose todo en la dulzura del azul. Alguna vez le asaltan devotas la moras campesinas, escuchan sus máximas, retienen sus advertencias, y unas luego de otras le miman y le acorren. Yo me deleito con este ingenuo cuadro de candor y credulidad, y siento una piadosa simpatía hacia este escogido discípulo del Profeta.

*

Celando por entero sus formas estatuarias, oculto el semblante con un pliegue gracioso del jaique, al borde del cual dos lindas babuchas rojas avanzan, las moras jóvenes, a la ida o al retorno del baño, pasan en filas rápidas, como blancos fantasmas. Otras, igualmente tapadas, balancean su obesidad y sus años, con pasos tardos.

Moros de todas edades cruzan en opuestas direcciones saludándose afables y solemnes. Todos caminan desdeñosos y arrogantes, y en la gentileza de sus modales, en las bizarrías de su porte, en la noble expresión de sus rostros, alienta melancólica la evocación de su guerrera prosapia, el recuerdo imborrable de una principesca ascendencia remota. Los más notables abrigan su cabeza circundando con rica tela blanca el bermejo fez, y sobre chilabas de colores fantásticos resalta impe-

luta la fastuosa urdimbre del diáfano alboroz.

La tierra y las colinas despiden como el vaho de un incendio cercano, y bajo la atmósfera calcinante el aspecto de todas las cosas aparece nimbado de cegadora claridad.

*

Récurs de borricos diminutos conducen hasta el umbral de los modestos bazares sus cargas de lencería y productos mediocres. Judíos fornidos transportan, bajo cuerdas pendientes de palos gruesos, apoyados en sus hombros firmes, bocoyes ingentes. Un moro hercúleo cubierto de andrajos, mide sin trégua la longitud del zoco, soplando en una caña primitiva con desesperante tozudez. En pos de su estridente campanilla, henchido el pellejo sobre la fuerte cadera y al aire sus piernas bronceadas, el aguador marcha, encorvado y fatigoso, bajo las crueles flagelaciones del astro en su plenitud. Pequeñuelos de ambos sexos juegan y corretean libremente, y en sus cráneos menudos admiranse los modelos más caprichosos de la inventiva capilar.

Muchos moros apresuran la vuelta a sus hogares, provistos de utensilios y de víveres; algunos se dirigen hacia los hornos, llevando en pequeñas tablas los panes chatos de harina cenicienta, y otros circulan pausados, charlando, tras ligeras zalemas, con los amigos y conocidos que encuentran.

Agentes de la policía moruna, con sus gorros puntiagudos, escoltan burlones a unos israelitas querellantes hasta la presencia del bajá.

Y en el aire, desde los cuatro ángulos de la torre de la Mezquita, vase dilatando, como eco de lejana melodía, un suspiro monótono y lentísimo que congrega a los creyentes para la meridiana oración.

Arrécia la porfía lumínica entre la blanca reverberante de los edificios, el azul intenso del cielo y la hoguera formidable del sol...

GUSTAVO BELTRAN.

Cuentos de "Oróspeda,"

LOS HIJOS DE PEPE

NOVELA COMPRIMIDA

Un trozo de vida

El día de San Silvestre del año de gracia de 1915 celebramos ruidosamente la boda de mi amigo Pepe Olivares con la monísima Luisa; y hoy, día de San Silvestre del año 1916, mi indicado amigo Pepe Olivares—El rubio—como le llamábamos en la Universidad, es padre de dos niñotes gemelos, sanos y gordezuelos a lo Rubens. Naturalmente, los dos angelitos los dió a luz su mujer, la vivaracha Luisita, toda asustada, entre ayes y suspiros; y a los dos les puso, sin saber ella misma ¡pobrecilla! como fué, las mismas pupilas azuladas y la misma rubicundez paterna...

Antes de seguir adelante he de confesar que esta novelita no es tal; antes al contrario, es un suceso verdadero y real; mejor dicho, es un trozo de vida palpitante, que aún no está desenlazado por el Destino, y que todavía puede convertirse, ya en un manantial de trágicas lágrimas, ya en un filón de venturas.

Los personajes viven, pasan por nuestro lado y gozan de buena salud... Diré más: esta novela, digo no, esta historia está en su periodo álgido. Cuando el discurrir de la vida le señale un desenlace que de tejas abajo todos los desenlaces llegan—si es de mi gusto, lo referiré al amigo lector, y si me desagrada o me entristece, dejaré que la Muerte lo esconda o lo sepulte en las sombras de su pepló tenebroso.

Luisa y Luz

Don Gabriel y sus dos hijas Luisa y Luz, habitaban entonces y aún creo que habitan hoy en un entresuelito de la calle de Echezaray. Las dos muchachas eran de la misma estatura y casi de la misma edad—Luz año

y medio más joven que su hermana—. Huérfanas de madre, ya largos años, apenas salían de casa si no era para ir a la Iglesia o visitar parientes. Luz tocaba el piano y Luisa alegraba la casa cantando evocadoras canciones y romanzas italianas con un hilo de voz fresca, delgadita y dulce.

Luisa era maravillosamente bonita y Luz ¡ay!, Luz era fea, dolorosamente fea.

Las dos eran altitas, delgadas, vivas y nerviosas, con movimientos a veces felinos y a veces de pájaro. Las orejas de las dos hermanas eran excesivamente pequeñas, de tal pequeñez, que ellas procuraban ocultarlas con el peinado a las miradas indiscretas; ya que lo mismo podían ser admiradas como un encanto, que criticadas como un defecto.

Luisa, la cantante, tenía la boca un poquitín grande y los labios delgados, pero rojos y movibles, de modo que sin ser clásico el dibujo del conjunto, era picante y gracioso. Tenía también los ojos rasgados y azules, de un azul oscuro y tierno, pero sobre, todo sus cabellos eran inolvidables. Caíanle los rizos sobre la frente como humareda sobre marfil; porque los tenía negros, de un negro opaco, de carbón; eran además indomables, anárquicos, como los pétalos de un crisantemo, y se arremolinaban, caprichosos, sobre las orejas, en la nuca, en las sienes, a veces sobre las mejillas, insinuándole en el rostro sombras tentadoras.

Era además Luisita, en su trato, ingenua y expresiva en modo tal, que después de contemplar su rostro rosado, de óvalo perfecto y de conversar con ella algunos minutos, nos dejaba viva, para mucho tiempo, la impresión de un tirano encanto.

La pobre Luz era otra cosa... Bien amargamente se quejaba ella de su fealdad. Tenía los ojuelos pardos y chiquitos, la nariz che-

tilla, quebrada la color, la boca grande y los dientes, que en su hermana eran un encanto por lo menudos y por la blancura de azahar, teníanlos ella paliduchos y desiguales.

Pedíanme las dos hermanas, en nuestra amistad casi familiar, que les llevase novelas. Luisa, imaginativa y fantástica, las quería de un folletinismo exaltado; habían de ser policiacas, de aventuras, de viajes, de guerras y héroes... Luz, la pobre Luz, prefería consolarse de su fealdad, leyendo historias de amores idílicos e irreales: Vírgenes rubias y enamoradas, surcando en una barca negra las aguas de un lago; líricas amantes, inocentes y burladas que deshojasen margaritas en las noches de luna...

Confesábame Luz su tristeza interior en arranques inolvidables por lo sinceros:

—¿Porqué nacerán las mujeres feas?—me decía, ruborizándose—¡Mujer y fea...! ¡Si al menos fuese hombre!

—Pero, Lucecita, —decíale yo—¿Quién, que no sea usted, es capaz de disparatar de ese modo? ¡Sacrilega...!

—¡Si no disparato...! Si es verdad...

—Lucecita, usted está loca... ¿Quién es el villano que se atreva a no descubrirse ante ese cuerpecillo pinturero, ante esos piés menuditos, ante esas manos añiñadas, ante ese corazón coloradito y dulce y meloso como sa jalea..?

Con estas zalamerías Luz se afligía todavía más; sonreía con sonrisa de lágrimas, y yo tenía que echar mano de todos mis recursos y habilidades para desviar la conversación apresuradamente.

Amor prohibido

Nadie más que yo fué el culpable. ¡Ah, si hubiera sabido...!

Las dos hermanas se disputaron a mi amigo desde el primer momento.

Pepe Olivares tenía la barba y los cabellos rubios, los ojos azules, el ademán desenvuelto, las palabras de amor fáciles y una hermosa voz de tenor. ¿Qué más necesitó la pobre Luz para enamorarse de él con un amor loco, un primer amor fulminante, explosivo...?

Naturalmente: Pepe ni siquiera reparó en Luz; en su egoísmo y despreocupación de buen mozo y de galán avisado, todas sus

armas de tenorio las empleó en conquistar a Luisa, la bonita.

Y á Luisa le pareció muy dulce dejarse conquistar.

Una noche, después de cantar Luisa y Pepe un dúo de la ópera *Carmen*, lleno de gracia melancólica, les ví... no quería decirlo... ví que se besaban detrás de un biombo.

Luz no se dió cuenta.

—¡Bonito final de dúo!—dije para mis adentros—Cupido afila sus flechas... ¡Con tal que la comedia no acabe en drama!

Al poco tiempo, en vísperas de Carnaval, surgió en la tertulia de don Gabriel la idea de ir a un baile de máscaras de una Sociedad artística, de la que el padre era miembro.

Discutióse el asunto en familia, entre una romanza de Tosti y una canción napolitana.

La cosa ofrecía graves inconvenientes: la elección del distrazo, el reuma del padre, la poca experiencia de las niñas en mundanas diversiones...

En achaques de baile, Lucecita se confesaba de una torpeza vergonzosa.

—Yo no sé mover un pié decía—con tristeza.

—¡Pues mueves el otro...!—afirmaba Luisa, feliz y radiante.

Don Gabriel no quería jamás entristecerlas con negativas. Las dos muchachas eran su tesoro; las quería más que a las niñas de sus ojos. Además temía contradecirlas por si caían malas.

—La pobre de su madre—decía—murió muy joven, era cardiaca; y mi hija Luz, de algún tiempo a esta parte tiene arrebatos nerviosos, está taciturna y melancólica y se fatiga tanto...

Yo era el único en la casa que estaba en el secreto de aquella mustia melancolía de Luz.

—Vamos, don Gabriel,—replicaba Pepe Olivares—un día es un día; doña Ramona, la tía, puede acompañar a las chicas... ¿Con quién mejor pueden ir que con su tiita? Usted mismo viene también con nosotros...

—¡Yo, a mis años, a un baile de máscaras...

—Sí, hombre, usted mismo; y cena alegremente, como en sus buenos tiempos, y se marca un vals corridito...

—¡Ja, ja...!—reía el padre—¡buenas están mis piernas...

Al fin llegó el baile. Fueron a él las chicas disfrazadas con dominós azules y sendos antifaces negros; pero ¡ay! a la salida, los hados —echaremos la culpa a los hados— dispusieron una escena cruelísima.

Bailamos los jóvenes y cenamos todos: jóvenes y viejos; Luz tristonada y ceñuda como un cenotafio; Luisa, dichosa y radiante como la primavera.

Entonces no comprendí bien, pero ahora me doy perfecta cuenta de lo que ocurrió. Bebimos con exceso, —con mucho exceso— digámoslo, aunque ruborizados —y a la salida del baile, Pepe, confundido y mareado, dió el brazo a Luz y echó a andar delante; yo se lo ofrecí galantemente a Luisa.

Sin duda, mi amigo, con un lirismo exaltado hasta la quinta potencia por obra y gracia del Champagne y del coñac, deslizó al oído de la infeliz Luz todos los ardorosos requiebros, todas las apasionadas vehemencias, todas las sublimes impudicias que él tenía reservadas para los momentos solemnes; y aún estoy por decir que sus manos atrevidas, expertas en dulces peleas, no permanecerían muy quietas...

Luz, la infortunada, la triste, la fea, oiría aquella noche bajo la luz diamantina de los astros una música deliciosa y nueva; una melodía divina, ¡ay! que no estaba escrita para ella en el cielo del amor.

Sus tibias manos, menudas y suaves, como las de una niña, cubiertas de frías sortijas, temblarían, asustadas, en un mudo delirio, entre las de Pepe...

A la puerta misma de la casa, se dió mi amigo cuenta de su error, y el bárbaro asesino lo confesó con una frescura cruel.

—Perdóneme, Lucecita, todas las tonterías que le he dicho; creí que llevaba del brazo a su hermana...

Entre tanto Luisa, pérfida y burlona, reía a carcajadas...

Luz, sin proferir una palabra, pálida como una muerta, sudorosa, con los ojuelos extraviados, se retiró a su alcoba; y a fe que pasaría el resto de la noche llorando...

El baile dejó recuerdos. Durante ocho días Luz fué presa de una fiebre nerviosa que nos alarmó a todos.

La fealdad de Luz

Desde que sorprendí los amores de Luisa, la bonita, con Pepe Olivares, y la desdichada pasión de la pobrecita fea, eran cada vez menos frecuentes mis visitas al entresuelo de la calle de Echegaray.

La angustia de Luz me apenaba. En su rostro se revelaban las huellas de su sufrimiento. En los ojos y en el arco de la boca, mostraba la misma expresión de extravío.

Era impotente la pobrecilla para dominarse, para hacerse fuerte, y la tortura constante, el fingimiento diario, los celos de todas las horas, le habían labrado una pequeña arruga en la frente, como una cicatriz del pensamiento.

Yo leía en su semblante enfoscado como en libro abierto.

—Si yo fuera bonita, si tuviera la cara que tiene mi hermana, —pensaba la cuitada— Pepe Olivares, con su hermosa voz de tenor y su barba rubia, sería ahora mi novio, y luego, más tarde, mi marido...

Y cuando tales ideas andaban por su margen, los ojos se le llenaban de lágrimas, que ella, rápida, ocultaba y una onda de palidez le subía por las mejillas, invadiéndole las sienes y la frente.

El tema de la fealdad le asaltaba a todas horas; era su pesadilla mortal.

Yo hacía verdaderos equilibrios por encontrarle consuelo.

—Si no es usted tan bonita como su hermana Luisa—le decía—en cambio es usted más interesante.

Ella sonreía moviendo la cabeza...

—No sea usted zalamero, amigo mío; soy buena, eso sí, ó yo no entiendo lo que es bondad, pero como fea también lo soy...

—Pero venga usted acá, mujercita ignorante, venga usted acá. Supongamos que usted sea fea, que no lo es, pero vamos a suponerlo aunque sea una heregía tal suposición, ¿sabe usted lo que dice Stendhal, de las mujeres feas? ¿No? Pues yo se lo diré: Stendhal, nada menos que Stendhal, dice: «Se puede llegar hasta preferir la mujer fea y amarla». ¿Y Labruyère? ¿No conoce usted lo que dice? Pues oígalo: «Cuando una mujer fea inspira amor, este es más fuerte que la muerte.»

Lucecita, cuando yo le decía esto, me miraba tristemente, con ojos asombrados.

Yo arreciaba en el ataque.

—Usted, diablejo descontento, está adulterada por las novelas románticas. Sepa usted que un noventa por ciento de esos amores volcánicos y delirantes con que usted sueña, y otro noventa por ciento de esas bellezas sublimes é irresistibles, con las que soñamos casi todos, no se encuentran más que en las novelas. La vida no es así. La vida es otra novela muy distinta, más interesante y menos novelesca. La mujer, en la vida, no ha de ser hermosa para ser amada. Nosotros aspiramos a poetizarlo todo, para engañarnos nosotros mismos, con un lirismo falso, de toda falsedad... No lo olvide usted... En la vida hace menos falta la belleza de lo que se dice a todas horas... En cambio hacen más falta, mucha más, la inteligencia, la voluntad, el corazón... Todo a prueba de acero... ¿Lo oye usted Lucecita? ¿Se va usted convenciendo?

Luz me escuchaba absorta, con atención devota; al cabo, me replicaba con melancolía:

—Todo esto está muy bien. Usted sabe más que yo; pero no me deje seducir por esa sabiduría... Vamos a ver: Cuando usted busque novia, ¿verdad que la buscará muy bonita, muy bonita...?

—¡No señora! ¡Mil veces no!—protestaba yo cómicamente.

—¿Cómo no...?

—Primeramente le diré a usted que *eso* no ha de buscarse sino encontrarse, que no es lo mismo...

—Así opino yo también...

—Y además—y esto es lo interesante—Yo no necesito que una mujer sea realmente muy bonita, sino que a mi me lo parezca...

Estos discreteos acababan siempre lo mismo: a Luz la dejaban triste, y a mí descorazonado y con la impresión de haber perdido el tiempo.

Besos y lágrimas

La última tarde que fuí al entresuelito de las dos hermanas, presencié un *desahogo*, por llamarlo así, de Pepe Olivares, que me alejó de aquella casa para siempre. Decididamente mi amigo era hombre destinado a grandes empresas en achaque de faldas.

Esta escena que voy a referir, no debía yo estamparla aquí, por su amargura cruel y su sangriento sarcasmo.

Creo que bastantes amarguras tenemos cada uno con las propias para buscar las ajenas, pero, a pesar mío, no puedo dejármela en el tintero. Tengo un deseo imperioso, una obsesión real por contarla; la pluma se obstina y el pensamiento guía. Héla aquí:

Recuerdo que don Gabriel, caladas las gafas, cabeceaba, dormitando, con el codo apoyado en un tomo del Alcubilla; yo andaba hojeando un número de «La Ilustración», y Luisita, sentada al pié del balcón, bordaba en silencio. Pepe Olivares—ya novio oficial de la chica desde hacía algunas semanas—remoloneando, fué a sentarse á su lado.

Luz, muy demacrada, tocaba en el piano con languidez el «Vals de los besos».

Yo estaba a punto de despedirme, porque, en verdad, sin saber por qué, presentía que iba a hacer allí un mal papel, mejor dicho, que iba a ser testigo de algo ridículo y doloroso.

De pronto, Pepe, sentado junto a su novia, se puso a mirarla audaz y largamente en las pupilas; y yo no sé, no sé que beleño ó qué imán se escaparía de aquellos focos azules, lo cierto es que fué inclinando poco a poco la cabeza, hipnotizado, ajeno a todo, hasta que la besó con dulzura glotona en los labios.

La muchacha hizo atrás la cabeza vivamente, y lo miró con unos ojazos tan sorprendidos que Pepe se retiró un poco pálido. Pero ¡ay! la niña pensaría sin duda otra cosa, porque inclinando graciosamente el busto, presentó de nuevo los labios a su novio: ¡Un beso! ¡Dos besos...! ¡Tres besos...!! ¡María Santísima...! Yo no sabía si gritar o echar a correr; opté por esconder la cara en el número de «La Ilustración», ruborizado hasta las orejas.

El padre seguía dormitando sobre el tomo del Alcubilla, y el «Vals de los besos» brotaba de la caja armónica, triunfal, lanzando a los cuatro ángulos del saloncillo la cadencia sensual de su ritmo...

¿Lo querrán ustedes creer...? ¡Siete besos, señores, siete besos! Silenciosos, eso sí, porque, a decir verdad, yo más que oírlos los presentí...

Nunca el «Vals de los besos» tuviera más dulce eco.

Al séptimo beso cesó el piano. Un golpe seco, áspero, rudo como un martillazo, me hizo sacar la cara de «La Ilustración» y nos sobresaltó a todos.

Luz, la pobre Luz, desvanecida, presa de un síncope ó Dios sabe de qué negro dolor, había dado con la frente en las tablas del piano y rodaba después como un muñeco roto por el suelo...

Cuando pude y como pude salí de aquella casa, con ánimo de no volver más. Ya en la calle, sofocado, me quité el sombrero, para que el aire de la noche refrescara mi cabeza, en el interior de la cual, bailaban en burlesca zarabanda, con música del «Vals de los besos», las Partidas del rey don Alfonso, los Pecados capitales, las Vacas flacas, los Infantes de Lara, y todos los números siete habidos y por haber...

Luz me empalaga

Convencido de que aquella funesta pasión por su cuñado le costaría la vida a Luz, y más convencido aún de la inutilidad de mis esfuerzos por evitar la catástrofe, corté definitivamente mis visitas y durante algunos meses no supe nada ni de Olivares el rubio ni de la familia de don Gabriel.

Un día de los últimos de Diciembre recibí una carta de mi amigo. Era famosa. En ella, a vuelta de paradojas, de salidas de tono y de llamarme en chocarrera mescolanza, ingrato, amigo del alma, mamarracho y no sé cuantas cosas más, me anunciaba su boda con Luisita y me invitaba a la ceremonia.

No pude sustraerme a aquel requerimiento de nuestra antigua amistad y corrí bien de mañana al entresuelo de las niñas.

El padre había salido y las hermanas no esperaban visitas tan temprano, según pude colegir por el aspecto de Luz. Estaba la pobre chica en un *deshabillé* casi sucio, sentada en un extremo del sofá de la antesala, con un retrato de Pepe Olivares en la mano, que ocultó rápidamente cuando yo me presenté.

—¡Cuánto he pensado en usted!..—me dijo llorosa y despeinada.

Yo pretexté asuntos de familia, viajes, ajetes de la vida; pero ella, con grandes suspiros, me reconvino líricamente por mi ausencia.

La chiquilla estaba consumida; su cabecita

de pájaro casi no podía sostener la mole de cabellos castaños de un color muerto, que ahora casi se le metían en la boca...

—¡Ay, amor, cómo la has puesto...!—dije para mis adentros.

Efectivamente, greñuda, suspirante, amarilla como un cirio y enamorada sin esperanza, Lucecita estaba realmente fea, más fea que nunca..

—¡Qué sola me voy a quedar!—exclamó—¡qué sola y qué triste...! Usted no se acuerda ya de mí, de su fea amiguita Luz; mi hermana se casa y se vá de Madrid; Pepe ¡ay! Pepe se casa también...

—¡Claro que se casa...! ¡Es natural!—repliqué con sequedad, un poco amoscado.—¿Pero usted ignora que su hermana Luisa y mi amigo Pepe tienen derecho a la felicidad? Por ese derecho se aman y se casan y se van de Madrid...

—Y yo, ¿no tengo derecho a nada...?

—Usted...? ¡Ya lo creo! Por ahora, á gozar, viéndoles a ellos felices. ¿Le parece a usted poco...? Además, no se queda usted tan sola, doña egoísta; ¿y el buenazo de su padre, que tanto la quiere? ¿Y sus flores? ¿Y sus pájaros? ¿Y su piano...?

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Usted sí que es bueno!—balbucía...

—¡Ea, basta ya de aflicciones y de gemoqueos!—exclamé—Vamos a hacer música... Póngase al piano y toque usted el Vals Ideal, ¿recuerda el que es? Aquel tan lindo que hace la ra ra ri, la ra ra...

Y me puse á canturrear por hacer algo y por cortar aquello de una vez...

Tal cosa no dijera.

—¿El Vals Ideal..?—suspiró Luz—¡Ideal! ideal! ¡Lástima de palabra! ¡Esto no es el ideal! Eso es una melodía bonita y trivial en compás de tres por cuatro... ¡El ideal!... El ideal es la nube que pasa y ya no vuelve á pasar... El ideal es la música que oímos un día y que no volveremos á oír...

—¡Lirismos tenemos!—dije entre mi—En cuanto se case Luisa, no me ves más el pelo. La niña se pone empalagosa..

—El ideal—seguía declamando Luz—es la mirada que nos tocó el corazón, de unos ojos que se cerraron para no abrirse más... Es el ensueño que olvidamos al despertar...

—Lucecita—le dije brutalmente—todo eso es música celestial, y yo le he pedido á usted un vals...

Al día siguiente—el de la boda—Luisa estaba bonita como un sol. Sus ojazos azules ardían en un fuego desconocido. Mientras se prendía el azahar en el pecho con mano temblorosa, creí observar que sus ojos, á modo de despedida, se quedaban largo espacio clavados en su hermana, con miraba enternecida y misericordiosa.

En la Iglesia, mientras el cura leía la conmovedora epístola del Apóstol, la pobre Luz, desemblantada, magdalénica, se desmayó dos veces...

Los hijos de Pepe

No volví más por allá durante todo un año.

Mas hé aquí que una mañana, en plena calle de Alcalá, el mismo Don Gabriel me comunicó alborozado, la fausta nueva.

—¡Soy abuelo... y por partida doble!

—¿Qué me dice usted...?

—¡El jueves me telegrafió Pepe la noticia! Estoy rabiando por verlos... Sí señor; dos nietos, dos angelotes hermosísimos...

—¡Venga un abrazo, hombre feliz...!

—¡Pobre Luisita! ¡Pobre hija mia! Ella, una chiquilla... ¡Lo que habrá pasado! ¡Qué trance! ¿Eh...?

— Póngase usted en su lugar—dije yo atolondradamente, por decir algo...

Le di palabra de ir á su casa, aunque en verdad no sin temor, porque creí encontrar á Luz tosiendo como la Traviata y disponiéndose ella misma una poética mortaja...

Fuí allá; ¡oh sorpresa! desde la calle oí el piano. Aquello era ya un indicio feliz. Al entrar ví los búcaros y las porcelanas del saloncillo, colmados de rosas y violetas frescas y olorosas.

Lucecita salió á mi encuentro radiante y charlatana.

¡Cielos! Casi no la conocí... Llevaba un gran ramo de violetas prendido en el pecho; tenía las mejillas encendidas y en sus ojillos pardos, expresivos y locuaces, chispeaban estrellitas de oro... Le faltaba muy poco, muy poco, para estar bonita. Agitadamente y con mil detalles me mostró su labor.

Mire en lo que paso los días; estoy atareadísima...

Había al pié del balcón un gran canasto de mimbre atestado de ropas infantiles. Sobre las

butacas veíanse otros montones, altos y blanquísimos.

—Todas las piezas las he hecho yo misma, con estas manos—exclamaba mientras me las iba mostrando.

Me quedé extasiado ante aquellas montañas de mantillas, pañales, fajas, gorritos, ombligueras... rebosantes de encajes, de lazos y cintas.

—Pero esto es un primor, más aún, es un bazar de primores—le dije.

—Quiero darle una sorpresa á mi hermana; ¡qué contenta se pondrá...! Hay de todo: un equipo completísimo: ropa de diario y ropa solemne.

—Es un regalo de príncipe, fabricado por los dedos de un hada. Un presente conmovedor...

—Voy á hacer con todo un gran paquete y lo enviaré por la Agencia de encargos... ¿Qué le parece á usted?

—¡Admirable!

Al hablar así, en sus ojillos radiantes chispeaba una ternura nueva que yo no le conocía.

De pronto quedóse un punto suspensa.

—¿Querrá usted creer, que todavía no los conozco? He escrito á Pepe reclamando la fotografía de los dos nenes... Yo los quiero ya con toda mi alma, como si fueran míos... Y—agregó ruborizándose:—¿Es verdad que son casi míos...?

—¡Naturalmente!—murmuré asombrado.

—Papá también lo dice. Son hijos nuestros: de papá, míos, de nuestra hermana, de nuestro Pepe...

—¿Nuestro Pepe? La miré fijamente en las pupilas y las ví tan cándidas, tan amorosas, tan enternecidas, que no pude menos de tenderle la mano con efusión y estrechar la suya con toda el alma.

—¡Chóquela usted, Lucecita, y benditos sean esos mamones...!

¿Qué fué aquello? ¿Sería la ausencia? ¿Qué específico, qué droga, qué remedio fué aquel? ¿A qué achacar el milagro...?

No sé... Pero es lo cierto, que aquellos dos angelotes recién llegados á la tierra, para venir hubieron de rasgar con raudo vuelo, la niebla azul de unas necias quimeras... Y no rasgaron sólo las quimeras de Lucecita la fea; rompieron también á al-tazos el mito funesto del amor prohibido, que no siempre, como en las leyendas, ha de acabar en tragedia...

ENRIQUE MARTÍ.

POETAS EXTRANJEROS

IMPRESIÓN DE ESTIO

(DE MAURICE DONNAY)

*Ella ha marchado para el campo;
los candelabros del salón
en largos velos enfundados
apenas tienen resplandor;*

*y encima de la chimenea
la cera alza el racimo de sus brazos
envueltos en el vaporoso
y niveo tedio del sudario,*

*con la apariencia consternada
de luces que quedaron solas
en una habitación vacía...
Y cuando cae la tarde, toma*

*su misterio el salón, y allí no arde
por mucho tiempo la dorada lámpara
que está cubierta como la Custodia
en tiempo de Semana Santa.*

*Se halla el salón bien cambiado:
todos los muebles que él contiene,
como después de una nevada,
cubiertas lucen cual la nieve.*

*En sus vestidos, las estatuas
de Saxe, pastorcillos graciosos,
pastoras de gestos ingenuos,
marquesas de portes y rostros*

*dolientes, parecen inválidos.
¡Como ellos son tristes las cosas!
Los grandes vasos ya no tienen flores
y hasta los bronces, en la sombra*

*de su impecable muselina
tienen un aire reverente
que contribuye al duelo blanco
de su querida dueña ausente.*

*Así el salón, sombrío y solo,
seméjase a un jardín de ensueño,
que en el estio, está en descanso
para no florecer hasta el invierno,*

*mientras una tristeza dulce
invade cuanto aquí se queda
y su íntimo inhospitalario
envuelve al corazón en su cubierta!*

ANDRÉS BOLARÍN.

D. José Martínez Tornel

Con motivo de la reciente reimpression de los «Romances populares murcianos», de que ya dimos cuenta en nuestros números anteriores, **OROSPEDA** quiere rendir un modesto homenaje al autor de aquel bello libro, dedicando a su memoria buena parte de este número VI. Y para bosquejar a grandes rasgos la figura del insigne maestro de las letras murcianas y hacer a la vez una ligera crítica de sus *Romances populares*, mis queridos compañeros de Redacción han tenido la benévola deferencia de cometerme este encargo, fácil y airoso para cualquiera de ellos, y, en cambio, muy superior a mis fuerzas y a mi poco autorizada pluma.

Nada nuevo ni mejor puede decirse acerca de Tornel y de su libro, después de los hermosos *Prólogo* y *Epílogo*, que para él han escrito los señores Ruiz-Funes y Martí, y después de los doctos y brillantes artículos de crítica que le han dedicado los señores Sevilla y Frutos Baeza en los diarios locales. ¿Qué podrá ya espigar ahora mi ingenio que haya escapado á la hoz de tan concienzudos recolectores? Mi buen deseo y el cariño y admiración que sentí siempre por el llorado maestro, desde que di mis primeros pasos en el periodismo y la literatura, suplirán en parte las desfavorables circunstancias que de otro modo harían completamente trivial y estéril mi trabajo.

Mi primera o una de mis primeras poesías infantiles, como las de otros muchos jóvenes que hoy son eminentes literatos de esta tierra, apareció en la *Sección Amena* de «El Diario de Murcia». Todos los que escriben y han publicado algo, saben la íntima exaltación que en el alma ingenua de un principiante produce el ver por primera vez en letras de molde, estas sugestivas y voraces letras de molde, su nombre y apellidos bajo unos párrafos o unas estrofas que han salido de nuestra cabeza. Desde aquel fausto día de mi oscuro *debut* literario, yo amé y admiré a Tornel con toda mi efusión de niño. Vosotros, los que habéis pasado por este mismo trance, lo comprenderéis perfectamente. Aquello fué por el año 1898 ó 1899. Después, mi musa continuó dando sus vagidos y sus más agraces

frutos, con la profusión y tenacidad de los primeros empeños, en el simpático periódico de Tornel; y a medida que menudeaban mis balbucesos poéticos, la figura de éste se iba agrandando, hasta adquirir proporciones de coloso, ante mi vista. Nunca olvidaré la porfiada polémica epistolar que me atreví a sostener con el bondadoso maestro a causa del título de una serie de sonetos que le envié para su publicación. Yo les había puesto el epígrafe de *Eróticas*, y don José, escandalizado, trató de disuadirme escribiéndome una cariñosa carta llena de consideraciones morales y literarias.

En «El Diario de Murcia» hice también mi primera campaña periodística, en funciones de su corresponsal en Orihuela. Un pintoresco y desagradable incidente con ciertos conciudadanos míos, originado por una ingenua indiscreción en que se abusó villanamente de mi inexperiencia de muchacho, me hizo renunciar a aquella corresponsalía. En todas estas andanzas me guió siempre, con sus consejos prudentes, leales y benévolos, el ilustre periodista.

De allí a poco marché a la Corte, donde fui relegando un tanto el trato de las musas para darme de lleno a la erudición y a la Historia. Pasados algunos años vine un verano a Murcia en busca de ciertos datos históricos, que hallé con no poco esfuerzo en el Archivo municipal. El señor Martínez Tornel, que era su archivero, me prestó, bondadoso como siempre, su eficaz ayuda, alentándome en mis investigaciones con esta frase, que desde entonces he adoptado por lema en todos mis trabajos de rebusca: «¡Paciencia y... buena intención!»

Traigo a colación estos tímidos recuerdos personales a propósito de Tornel, porque ellos, como pudieran servir de ejemplo los de otros muchos, demuestran que el director de «El Diario de Murcia» fué el maestro de la mayoría si no de todos los literatos y periodistas de esta región de la generación presente. Por lo que a mí, el más modesto de todos, se refiere, debo confesar que a la excesiva benevolencia de Tornel en admitir mis originales en su periódico, como los de cuantos a el acudían, es casi seguro se deba el que yo haya contraído el malhadado vicio de emborronar cuartillas, para estrago mío y de mis lectores, si los tengo; y acaso sea la responsabilidad de este daño una de las pocas culpas que haya tenido que purgar en

la otra vida el justo y bondadoso varón. ¡Dios se lo perdone como yo le absuelvo!

*

Como maestro de literatos y periodistas, como admirable pintor de costumbres locales, como platónico amante y esforzado paladín de las cosas de Murcia y otros muchos títulos más, ha sido el ilustre escritor la figura más genuinamente prestigiosa y representativa de esta tierra. Pero, sobre todo, ya escribiera en prosa o en verso, fué siempre Martínez Tornel un alto e inspiradísimo poeta, espontáneo y popular. Mas, entiéndase bien: *popular* no quiere decir, en este caso, incorrecto, desaliñado y tosco, intérprete chabacano de sentimientos plebeyos y de vulgaridad prosaica, como algunos creen. Por el contrario: Tornel sentía y expresaba delicadamente aun las cosas más ordinarias y triviales. Fué popular a la manera de Trueba y de Ruiz Aguilera, con los que tuvo su musa muchos puntos de contacto.

Muy gratos y selectos son los perfumes extraídos de las flores; pero no les cede en exquisitez el almizcle, apesar de su inmundicia procedencia. Percibir y copiar la belleza de lo patente y esencialmente bello, está al alcance de todas las fortunas artísticas. Es fácil hallar temas poéticos o literarios en un amanecer o en un ocaso, ante la sublimidad del mar o ante un jardín o un paisaje espléndido, en una escena de amor, en un pasional conflicto psicológico o en un suceso sensacional y extraordinario. En cambio, extraer belleza de lo que superficial y aparentemente no la tiene, de las cosas vulgares y de las escenas más cotidianas y prosaicas, es facultad de muy escasos y privilegiados poetas. Martínez Tornel fué, sin duda, uno de éstos.

Véase la exquisita poesía que supo hallar al describir los tipos, tradiciones y rústicas costumbres de la Huerta y el tono delicadamente bucólico de que impregnó sus *Romances populares*. Oriundo de pura cepa huertana, supo identificarse siempre con el sentir y el pensar de esos humildes hijos de la vega, dando antes que nadie carácter y expresión a todo lo más típico y castizo de Murcia. De este modo llegó a ser el creador de una literatura netamente regional, porque lo es ya sin duda la murciana.

Antes de Tornel, todos los escritores que en esta región nacieron, habían escrito en el tono uniforme, incoloro y opaco de los demás literatos nacionales. Hasta poetas que como Arnao dedi-

caron buena parte de su producción a celebrar las cosas de esta tierra, lo hicieron sin ambiente, sin sabor ni colorido local.

Con la musa satírica y un poco bufonesca de los *bandos de Carnaval* se había iniciado la literatura *panocha*. Entre los primeros panochistas se distinguió por su ingenio y gracejo el famoso don Joaquín López, sin igual por entonces en el recitado de *perolatas* y *soflamas*. Su más feliz competidor fué muy pronto Martínez Tornel, que reformó y mejoró el género, suprimiendo cuanto de exagerado, falso y caricaturesco había puesto aquél en el tipo panocha, «naturalmente gracioso pero no payaso», como dijo Díaz Cassou. Donde los demás panochistas sólo veían ordinariéz y gracia burda y grosera, Tornel supo hallar limpios donaires, ingenua sencillez, ternura y hasta delicadeza, idealizando el tipo y eufonizando el habla huertana.

Uno de los elementos más importantes y característicos que aportó el Romanticismo a la Literatura fué la exaltación de lo histórico y muy especialmente de lo medioeval. Esta sana tendencia trajo, como natural efecto, una ideal resurrección de nuestra Edad Media y, por ende, el nacimiento del regionalismo literario. Al fervor de las ideas románticas y medioevales, Cataluña restauró la institución provenzal de los *Juegos Florales* en 1859, que pronto adoptaron a su imitación otras regiones españolas. Aquellas mismas ideas hicieron surgir con gran entusiasmo los estudios *folklóricos* o sea el de las leyendas y tradiciones populares. Tales circunstancias y algunas otras concausas políticas habían determinado, como he dicho, la formación y propagación de la literatura regional. Los primeros iniciadores y propulsores de ella fueron: en Cataluña, Rubió y Ors, Aguiló, Milá y Fontanals y Víctor Balaguer; en Baleares, Pons, Rellsó y Amer; en Valencia, Teodoro Llorente y Querol; en Aragón, Borao y otros; en Galicia, Rosalía de Castro y Curros Enríquez; en Asturias, Cuesta y Aceval y en Andalucía Rodríguez Rubí y otros muchos hasta nuestros días.

Murcia fué algo más tardía que las demás comarcas españolas en la formación de su literatura regional. La gloria de crearla se debe, sin duda, a don José Martínez Tornel. Aprovechando y ennobleciendo los elementos del género *panocha*, llegó a la composición de sus bellísimos *Romances populares murcianos*, que son su obra maestra y la primera producción impor-

tante de nuestra literatura regionalista. La fecunda semilla sembrada por Tornel germinó lozana produciendo espléndidas floraciones como las de Frutos Baeza y Vicente Medina, que han hecho evolucionar y han llevado hasta su última perfección la poesía regional murciana. Nuestros jóvenes poetas no deben desdeñar su cultivo, creyéndolo agotado; sino buscar originalidad en nuevos temas y asuntos y acrecentar su ya rico caudal y el legado glorioso de tradiciones y bellezas, que dejó el inolvidable maestro, conservándolo como fuego sagrado de la patria chica y del Arte.

*

Con la desaparición de «El Diario de Murcia» (1903) coincide la decadencia literaria de Tornel; pero hasta su muerte siguió trabajando como periodista en «El Liberal». En su sección fija de este periódico iba recogiendo, con aquella castiza y peculiar sencillez de su estilo, con aquella encantadora y magistral naturalidad tan suya, la diaria palpación del vivir murciano. Por los cincelados párrafos de su espontánea prosa desfilaron todos los afanes, todas las alegrías, glorias y desgracias de su ciudad querida y allí hallaban eco los sentimientos y aspiraciones justas de sus paisanos, sirviéndoles siempre de fiel y desinteresado intérprete.

Pronto hará un año, poco después de establecer últimamente mi residencia aquí, fui una tarde a saludar a Tornel a su casa de la calle de San Pedro. Tocado con una enorme gorra de visera, el cuello envuelto con un pañuelo de seda blanco, repantigado en un viejo sillón y fumando un cigarrillo columbré al maestro al través de las vidrieras de su tiendecilla de libros. No me reconoció al pronto. Hacía bastantes años que no me veía. Hube de recordarle quién era.

—¡Ah! sí, sí, mi querido García Soriano!...— Y me abrazó efusivamente, con los ojos humedecidos.

Yo encontré a don José muy decrébito y profundamente melancólico. Su mirar había perdido su natural centelleo y perspicaz fijeza. La rubicundez herpética de su nariz se había acentuado. Su barba miliciana, recortada a la francesa, era ya plateada por completo.

Hablamos largamente, recordando los tiempos pasados. La conversación de don José languidecía a cada instante, entrecortada por balbuceos y frecuentes toses y fatigas. Nuestra

charla fué saltando, de uno en otro, a muy diversos temas, hasta que recayó en cosas históricas de la región.

—¿Y su *Historia de Murcia*, don José? ¿No piensa Vd. acabarla?

—Ahí la tengo en esos estantes. No la he tocado hace veinte años ni pienso terminarla nunca. Ya no me encuentro con fuerzas para ello. Cuando muera, la legaré al Archivo municipal y en él quedará para que la aproveche quien pueda acometer esta empresa.

El señor Martínez Tornel—que no pensaba seguramente como mi querido compañero el señor Martí, que «un erudito es un hombre que lleva sobre los hombros muchísimas cabezas excepto la propia»; sino por el contrario que, sobre la generalidad de los mortales, el erudito tiene la ventaja de llevar otras muchísimas cabezas además de la suya propia; el señor Martínez Tornel fué también un erudito hasta donde se lo permitió su ardua labor diaria de periodista. Yo sabía, por tanto, que los temas de erudición regional eran muy de su agrado, y le hablé del libro que dejó inédito don José Pío Tejera. Al día siguiente, recogiendo mis palabras, publicó Tornel un artículo en «El Liberal» en que describía aquel libro y exhortaba a don Isidoro de la Cierva para que gestionase su pronta impresión.

—Véngase por aquí todas las tardes un ratico—me dijo al marcharme.—Yo casi no salgo y su compañía me es muy grata.

Se lo prometí así a don José; pero quehaceres urgentes me impidieron cumplirlo. Aquella fué nuestra última entrevista. Pocas semanas después le acompañé, con profunda pena, yendo en la comitiva de su entierro.

Justo GARCÍA SORIANO.

La personalidad literaria de Tornel (*)

Hace muchos años don José Martínez Tornel publicó en un tomo sus «Romances populares murcianos». Como su soberanía de poeta popular le estaba ya discernida por el sufragio del pueblo, como los tiempos eran otros, como el caudal de consejas, tradicio-

(*) Prólogo de los «Romances populares murcianos» de don José Martínez Tornel.

nes, usos y costumbres que en ellos recoge, vivían aun incorporados a la vida social, como el alma de Murcia, única razón de existir que tiene una ciudad, no estaba todavía sofisticada, ni se había consumado en ella la violación brutal de lo uniforme, aquel libro exteriormente pequeño y simpático, grande, muy grande por su emoción, su gracejo y su ternura, fué el libro de todos. En él aprendieron a leer algunas generaciones murcianas.

Hoy, mejorado, adicionado con las «Crónicas domingueras», tendrá por muchos un évito de recuerdo; les traerá, lozanos, los años pretéritos de la juventud y los que han vivido bastante por la edad, la decepción y el dolor sentirán renacer en sus corazones el soplo pasional de los años idos, la dulzura de los amores primeros, el reinado feliz de la ilusión, Los Romances populares murcianos serán hoy un libro triste, de una tristeza melancólica, que dejará amargor en los labios y lágrimas en los corazones. ¡Aquel las lágrimas de los corazones, que no fluyen al exterior y que duelen con el dolor infinito é inexpressable de las ilusiones que se agostan, de los amores que se acaban, de la juventud que se fué...

Por muchos conceptos es este libro una elegía. Lo es en primer término por su postumidad. El autor, durante su larga vida, pensó en una reedición de su obra de los años mozos. Sería primero para él un ánsia de juventud y de gloria y una correspondencia a la consideración del público. Luego, llegado a la madurez y a la plenitud de la fuerza, desarrollada del todo su inteligencia, casi en la cumbre de su gloria, definitiva su orientación literaria, rectificadas su manera de hacer, una necesidad de reformarlo, pulirlo y vigorizarlo. Bueno es que esta ilusión, perfectamente subjetiva, y que se dá en la vida de todos los escritores, no llegara a realidad. Parcialmente, hubiera sido deseable; pero en muy buena parte de la obra, y por lo que atañe al conjunto, habría matado la gracia y la espontaneidad y su aliada inevitable la incorrección, que no es más que una forma natural de expresar aquella pasión tumultuosa y llena de encantos en que salen al exterior los bríos de la mocedad, fuente de inspiración eterna.

Viejo el maestro, agotado por una labor de periodismo abrumadora; pobre, porque es una ley hispana tan clásica como la picaresca; lleno de decepciones, porque estos medios meridionales, étnicamente inferiores, son fecundos en ellas; censurado, porque la literatura profesional es algo degenerativo y la excesiva juventud no ha limpiado aun el alma de las crueldades de la infancia, hubiera la reedición de sus Romances tenido para Tornel un amargor de hiel y de hastío de tristeza y de dolor; su herencia a la posteridad; el síntoma indefectible de su muerte.

Vienen a nueva vida después que él diera a Dios la suya, tan noble, tan simpática, tan propicia a participar del dolor ajeno a admirar la belleza, a practicar el bien, perfumada toda ella por esa rara flor de cultura que se llama la tolerancia, que se extinguió con la dulzura con que mueren los justos.

La ciudad lo lloró. Pocos meses antes había muerto Baquero. En poco tiempo la Fatalidad, que tiene crueldades infinitas, había arrancado «dos de las fibras más nobles del corazón de Murcia» y parecía querer privarla de su alma y de su gloria. El día del entierro de Tornel, la tristeza flotaba en el ambiente y llegaba a las almas y había en ella algo de paradoja, porque la Naturaleza, esta Naturaleza nuestra, cambiante y maravillosa, que el poeta tanto amara, la sal y la gracia de la huerta y el sol, la mitad, por lo menos, del encanto del paisaje adorado, renacían a nuevas gracias primaverales y, como se hace con los niños que mueren, vistieron su cuerpo con las mejores galas.

Luego... bueno, luego deberíamos callarnos. Al dolor sucedió la elocuencia, las juntas, las reuniones, los discursos, los proyectos de homenaje, todos los prestigios de la farsa, agudísimos en nuestro país y altamente pintorescos ¿Tartarín, Maurin des Maures, héroes lírico-bufos de la Provenza, exaltados por Daudet y por Aicard, hicisteis excursiones a algunas regiones de España y dejasteis en ellas descendencia...?

¿Tornel era el poeta de Murcia, mejor o peor, pero de ella, y que si contiene y exalta su contenido lírico y social ya merece una adecuación con ella; basta con que su poesía sintetice el alma de la ciudad... Final de todos estos homenajes al indiscutible poeta

popular: su nombre a una plaza y con letras doradas, por más señas. Convengamos en que los Municipios españoles no han asumido, precisamente, el alma de la Acrópolis, y convengamos, además, en que es poco esto y en que calles tienen también muchos hijos naturales de la Beocia, nacidos en Murcia, y en que no tienen otra cosa Balart y Ricardo Gil...

* *

Algunas consideraciones hemos de hacer sobre estos Romances populares. Ya suelta la vena de la emoción, vuelve la reflexión a apoderarse de nosotros y procedemos en frío. Esta alternativa, que se da tanto en la psicología individual, no es, en esencia, más que la vida, con sus cambiantes principales.

Para juzgar la obra de un poeta importa, en primer término—y conste que este prólogo es eminentemente subjetivo—conocerlo íntimamente. No es esta intimidad un producto de la camaradería o de la convivencia que nos revelan todos los momentos de un alma, los que nos interesan para definirla y los que no nos importan. Es la suficiente para conocer su vida, en cuanto contenido ideal y sentimental, para poder fijar su fisonomía moral.

La juventud de Tornel, novelesca y exaltada, favorecida por el ambiente y las convulsiones sociales de su época; sazónada de sátiras personales y de periodismo de batalla, abierta a la vida cuando vibraba España entera en aquel movimiento esporádico de la Revolución de Septiembre, *tartarinada* gentil, que inauguró «los tiempos bobos», es convulsión propicia, por su exagerada dinamicidad, al reposo y tranquilidad espiritual que inspiran sus romances.

Su pluma, ya acerada en la lucha, desinquietada de los bríos mozos por los engaños del combate diario, expresó sus estados espirituales, que se aplacian en el paisaje, en la huerta amada, en la historia local, en las costumbres pintorescas.

No es nuevo este retorno al amor del país natal, tras de una de esas batallas espirituales, desordenadas y difusas, en que el acicate de los lirismos políticos trabajó el cerebro y los nervios. Viene luego un estado de calma, un abrir los ojos a la realidad, una ecuanimi-

dad, que pueden ser fecundas. De hecho lo fueron en Tornel.

Os habrá ocurrido, tras de una vida desordenada y llena de todas las inquietudes en una gran ciudad, cuando ya alcanzábase el triunfo, cuando la tensión de la sensibilidad os daba dolor y las ideas os hacían daño regresar, por inconstancias de la suerte, a uno de estos medios pequeños y bellos, remansos de gracia y de paz en las turbulencias del vivir. En ellos, aplacada vuestra sensibilidad hiperéstesica y quieto vuestro cerebro, habreie sentido algo parecido a lo que ocurre a un convaleciente. La tierra amada os dará su perfume, dulces espíritus femeninos encantarán vuestros días, y la inefable paz del hogar invadirá vuestro espíritu. Os parecerá como si, en una tierra de promisión, tras de peregrinación cruenta, vuestros pies hubieran conocido el sortilegio de que los ungieran de suavidad y de esencias delicadas manos femeninas.

Luego ocurre otra cosa. Trás la calma, viene la normalidad y con ella la necesidad de nueva labor intelectual. El sentimiento mueve a la inteligencia a fijarse en el país querido, a estudiar sus aspiraciones y deseos, a compartir sus dolores, a amar su pasado, a gozar sus dichas. ¿Cuánto dura esto? En Tornel duró hasta que le han enterrado en esta tierra donde reposan sus padres. En otros, quien sabe... ¿Pone alguien normas al corazón y disciplina a los nervios? ¿Resiste alguien un ambiente viciado, donde la concupiscencia es bufa? ¿Tropieza alguno, consciente y reiteradamente, con la paradoja intelectual de la idiocia pensante ó de la ambición prostituida, sin que le cause repugnancia su contacto?...

Con este ambiente y en este estado de espíritu se produjeron los Romances de Tornel. Su vuelta al amor a la tierra les dió vida, la calma de su espíritu les prestó su gracia, la mocedad, que aun conservaba el ritmo adquirido de la pasión, los hizo, en una buena parte, incorrectos y espontáneos.

* *

Toda ciudad finca su alma en su historia; en ella está la construcción, en líneas generales, del pasado, y como es un hecho indis-

entible que los muertos gobiernan a los vivos y que solo de esta comunidad espiritual se nutre el porvenir, a la historia hay que ir a buscar orientaciones literarias. Tornel las encontró en ella. La época de la conquista de Murcia por don Alfonso el Sabio, auxiliado por don Jaime el Conquistador, las capitulaciones de los moros, le prestaron inspiración para ello. Como eran pocos los momentos históricos de verdadero interés literario, que ofrecía el pasado, de la ciudad, eligió este: la lucha de dos civilizaciones, la que nos dejó casi todas nuestras buenas cualidades y, desde Inego, absolutamente todas las malas, y la que nos trajo, son ciertos rasgos admirables del carácter aragonés, la sumisión a Castilla que, como era lógico, absorbió nuestra personalidad.

Fuera del romance «Murcia por don Alfonso el Sabio» y del que dedica a la gloriosa muerte en la calle de San Nicolás del General La Carrera, durante la guerra de la Independencia, todo lo demás que contiene el libro es popular, en el sentido literario y estilizado de la palabra.

Conocedor de la historia de Murcia en su aspecto ciclico. Tornel aprovechó de ella el elemento social, prescindiendo del narrativo, y de este elemento social extrajo la base de sus estudios en vivo sobre nuestras tradiciones y nuestra huerta, que contienen los Romances; como su ilustre discípulo Frutos Baeza, gloria de la poesía popular, investigó en el pasado con ojos de poeta, más que de eredito, y libó la rica esencia de los sentimientos y del carácter, que forman como el exponente de la vida social de una época y que son el antecedente necesario del porvenir. Fueron, pues, la huerta de su tiempo, muy otra de la actual, y con ella los tesoros inapreciables del alma popular, los que inspiraron sus Romances.

Leyéndolos, vereis en ellos, con la sencillez lírica de su estilo, unas veces y otras, apesar de su desaliño, la vida toda de estas gentes rurales, sujetos de excepción y por lo mismo de alta inspiración literaria. Surgirán al conjuro de su musa, deliciosos cuadros regionales.

La gracia pícaro y sarcástica del huertano viejo, no exenta de ternura filial, en «La hlandera» de una ingeniosa observación:

Zagala vengo prendao
del trato de aquel francés;
mientaas estuve en el cuarta,
platicando yo con él
se tomó de una reoma
cuanto juentes de café;
y «asiéntese vu señor»
me dijo más de una vez
y yo, con la monterica
en la mano, me asenté
en un sillón que se hundía
sin poderme mantener...

El *panocho*, elevado por él y por Frutos Baeza a la categoría de lenguaje poético, en «El Busano de la sea»

El busano de la sea
se esmangarilla ensegua
sino se le da tóo el cudio
queel alimal necesita...

precioso Romance en que, entre gracias y burlas, se describen todas las operaciones de transformación del gusano en nuestra huerta, no exentas, en su mayor parte, de cierto sutil ambiente poético y reveladores de delicadezas sentimentales que no tienen las huertanas con sus propios hijos.

Las tradiciones populares, las supersticiones, las creencias mal orientadas, los sortilegios, la curandería, en que tan fecunda es nuestra huerta, que tienen un doble valor, como índice de una personalidad moral rudimentaria, y del elemento árabe que, cual factor histórico, formó una parte muy considerable de su carácter, las encontraréis en «Los Errores populares» serie de romances muy donosos y pintorescos.

Alguna vez he hablado yo, y en este prólogo lo repito, de que Tornel estilizó la huerta en sus poesías. Sobre este punto pudieran surgir discusiones, encaminadas a resolver una cuestión de procedimiento, vieja como el arte: si este es una copia de la realidad ó una idealización personal, con elementos de ella. De los dos caracteres participan los Romances de Tornel, dedicados directamente al huertano. «Tristezas» y «Angelicos al cielo» pertenecen al último procedimiento. La emoción en ellos es suprema, el asunto de una delicadeza suma, el motivo excepcionalmente lírico. Los que han visto la muerte de un niño en la huerta y luego el espectáculo conmovedor de su entierro, no pueden dudar de la realidad del Romance de Tornel; pero tiene algo más que la reali-

dad, un «poder de lágrimas» solo reservado a los altos poetas. «Tristeza» poema vulgar y eterno, como el corazón, de amor roto, es otra obra maestra y de carácter general; y con los dos, «Juanica», delicioso retrato de la transformación de una joven bellísima en madre; son tres momentos de la ternura infinita del poeta, que no faltó en la mayor parte de sus trabajos periodísticos y que hizo, entre nosotros, clásica su pluma en los especialísimos artículos de pésame y condolimientos en que se estrellan otras muy bien cortadas. Cuando Tornel veía a la muerte arrebatarse un corazón amado, deshacer un hogar feliz, destrozar una ilusión o frustrar una juventud llena de promesas, con un alto sentido de humanidad, mojaba su pluma en lágrimas, daba a su estilo una sobriedad elegiaca y nos conmovía a todos. Los que le conocieron, que equivale a decir que le amaron y los que le leyeron, que tuvieron que amarle también, saben cuanta verdad hay en mis palabras.

Aparte los Romances citados, hay varios de los del libro dedicados a los cantos populares de la Huerta de Murcia, de un delicioso sabor local y de un extraordinario valor descriptivo. ¡Oh nuestros bellos cantos populares, la parranda, grácil y saltarina, no exenta de un fondo de tristeza árabe, bailada al son de las postizas; la malagueña de la *madrugá*, que tiene gracias de luz de alba, y triunfos del día que nace y emoción de corazón amante; el canto de la trilla, monorrítmico y somnoliento, con la lentitud triste de los cantos africanos; el de la hoja, obra exaltación, de abundancia y de paz y el retal, de una movilidad desenfrenada,

el retal, el retal;
con sus tres golpeciquios
como es regular

Casi todos están próximos a desaparecer; viven como viejos decrépitos que estorban lo nuevo. El que se aventure a pasear por nuestra huerta, con los ojos llenos de escedas de color y el alma colmada de ilusiones de hallar cosas típicas, encontrará, en vez del huertano que sufre de los Romances de Tornel, el huertano que nada en la abundancia; en lugar del que acribillan los escribas, el que a los escribas sojuzga; sustituyendo a los que constituyen una casta apar-

te y son vejados por los señoritos en la feria, a los futuros dominadores del señoritismo; en lugar de la clásica morena, en cuya compañía quiere ir al monte el poeta, a la muchacha rica y cursi, que dice timos mundiales y canta couplets afrancesados; en vez del *arrendador* pobre, que lucha con los dos amos en vísperas de elecciones y que tiene su alma hipotecada, para responder de lo que muy ingeniosamente llamaba un médico murciano las tres prestaciones de carácter feudal, la del voto, la de las adehalas y la obligación de asistir a los entierros domésticos alumbrando o llevando un estandarte, al huertano prestamista del amo que está a punto de arruinarlo y cuyas hijas compiten en galas y vestidos con las del señorito... y si algunas de estas cosas son progresivas y simpáticas, por el humano símbolo de que la fuerza y el trabajo destruyan al parasitismo absenteísta e inútil, otras, las que suponen la muerte para siempre de los trajes, usos y costumbres que sustentan la urdimbre del alma regional, son muy tristes. También, por este aspecto, resulta este libro una elegía.

* * *

Labor será de todos el conservar este tomo de los Romances populares murcianos de don José Martínez Tornel, como si conserváramos un fragmento preciado del alma de Murcia, y guardar con él en el corazón la memoria de su autor, que alcanzó la condición de escritor representativo de la ciudad.

En la Bretaña es poética costumbre en Nochebuena dejar vacíos en la mesa, ¡al servir la cena familiar, los puestos de los antepasados que se fueron para siempre. La lumbre arde en el hogar y, como si fuera un símbolo de la solidaridad familiar, es alimentada constantemente, para que su llama deje un solo momento de alegrar con sus resplandores y templar con su calor aquellos puestos vacíos que ocuparon los seres amados.

Faltan en el hogar murciano varias sombras protectoras de otros tantos nombres ilustres, que mantuvieron vivo el fuego del amor regional. Sus puestos están vacíos. Como si se hallaran ellos en nuestra presencia, respetemos esos puestos y alimentemos

la llama confortadora con el calor del corazón, para que no falte a su recuerdo el homenaje del fuego, de este fuego sagrado que no es otra cosa que el amor.

MARIANO RUIZ-FUNES.

ANGELICOS AL CIELO

Romances populares de D. José Martínez Tornel

A la luz de dos candiles,
tendido en el frío suelo,
en medio de una barraca,
hay un niño que está muerto.
A un lado llora su padre,
su madre á otro está gimiendo
y sólo turba en la estancia
el funerario silencio,
de las oscilantes luces
el débil chisporroteo.
Salen y entran las vecinas
con religioso respeto,
y al depositar alguna
sobre el cadáver un beso,
dice: «Bendito sea él
con los ángeles del cielo!»

Florida alhábega cubre
aquel tiernecito cuerpo;
amarillas siemprevivas
ciñen su rubio cabello;
blanca y con lazos de rosa
la mortaja le pusieron;
las manecitas cruzadas
le sujetaron al pecho;
le echaron agua bendita;
su madre le dió mil besos
en los labios encarnados
que tenía medio abiertos,
y ungido por el amor
lleváronle al cementerio.
Cuando, entre las mustias flores,
en la caja le pusieron,
y echaron á andar con él,
la madre cayó en el suelo...
«No llores, mujer, decía
el padre haciendo un esfuerzo
que nuestro hijo es un ángel
con los ángeles del cielo».

Cuatro niños pequeñitos
llevan el bendito féretro,
y aunque van al camposanto
alegres van y riendo.
Por enmedio del camino
marcha el fúnebre cortejo,

que lo forman: los muchachos
que llevan al niño muerto,
un hombre con negra capa,
y luego un hermoso perro
cuyo cuello rodearon
los brazos del niño muerto.
Las mujeres que lo ven
pasan alegres diciendo:
«¡Mi alma como la tuya,
ángel de Dios en el cielo!».

Al llegar al camposanto
los muchachos tienen miedo,
y con espantados ojos
miran al sepulturero.
Junto á la fosa, la caja
depositan con respeto,
y se hacen atrás, mirando,
con los ojos muy abiertos,
como, dentro de la zanja,
en un hoyito pequeño,
pone aquel hombre, que cava
en los huesos de los muertos,
el ataúd de aquel niño,
que los cuatro condujeron:
y al ver que con negra tierra
queda el ataúd cubierto,
sin saber por qué, miraron
aun tiempo los cuatro al cielo.
Rezó el hombre de la capa,
dió triste ladrido el perro,
y el sepulturero dijo,
pisando el movido suelo:
«No hay más, esto ya se sabe:
un ángel más en el cielo».

A otro día, en la barraca,
todo era pena y silencio:
ni los pájaros cantaban
en las ramas del almendro,
ni aun las hojas de los árboles
se movían por el viento.
Dentro lloraba una madre
en un mar de desconsuelo,
junto á una cuna desierta,
teniendo á los piés un perro.
Cuando suspirar podía,
por la congoja del pecho,
al levantar su cabeza,
su vista y su pensamiento
desde la cuna vacía
iban al azul inmenso,
y allí veía á su niño
con los ángeles del cielo.

INFORMACION

PARA EL NÚMERO PRÓXIMO

Por exceso de original nos vemos obligados a aplazar para el número próximo la publicación del hermoso artículo titulado *Las eras*, de don José Martínez Tornel, que anunciamos insertaríamos en el presente.

CONCURSOS DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.

El Jurado calificador de los trabajos presentados en el concurso de Literatura, correspondiente al pasado mes de Enero, ha otorgado el premio de Poesía al notable poeta don Francisco Frutos Rodríguez, y el de Prosa a don Andrés Bolarín.

En el concurso de carteles del Baile de Carnaval, organizado por el artístico Centro, ha obtenido el primer premio un hermoso trabajo del señor Ródenas, muy acertado por su asunto y por su factura. Ha sido distinguido con un segundo premio el señor Gil Vicario, quien mereció también el del concurso de sellos para el Círculo de Bellas Artes.

Respecto de este último fallo, coincidimos con la opinión expuesta en «El Liberal» por Juan Oriol.

Felicitemos a los literatos y pintores premiados.

«LOS PUEBLOS»

Con este título, que es a la vez el de uno de los más bellos libros del insigne escritor levantino don José Martínez Ruiz (*Azorín*), algunos de sus paisanos han comenzado a publicar en Monóvar (Alicante) un semanario de literatura, en que colaboran jóvenes y aventajados escritores.

Deseamos al nuevo colega larga y próspera vida.

ERRATA

Entre otras de poca importancia deslizadas en este número de ORÓSPEDA, que el buen juicio de nuestros lectores subsanará debidamente, hay una en el artículo titulado «Don José Martínez Tornel», página 136, col. primera, que conviene corregir del siguiente modo:

Donde dice «íntima exaltación», debe leerse «íntima exultación».

LIBROS NUEVOS

POESIA

CAVESTANY, Juan Antonio, de la Academia Española:—*Tras los mares*.—Poesías.—(3.ª ed.)—Madrid, Fé, 1917.—4 pesetas.

DARÍO, Rubén:—«Colección Rubén Darío.—Antología.—Poesías de... Precedida de la historia de mis libros.—Barcelona: 2 tomos.—3 pesetas vol.

TEATRO

ARNICHES, Carlos.—*Del Madrid castizo*.—Sainetes rápidos.—Madrid, 1917.—2'50 pesetas.

SHAKESPEARE:—«Obras completas»—Tomo I: *William Shakespeare*, por Victor Hugo.—*Hamlet*, príncipe de Dinamarca—*Los dos hidalgos de Verona*.—Tomo II: *Otelo*, el moro de Venecia.—*Medida por medida*. | *Cuento de invierno*.—Valencia, «Prometeo». 1 peseta vol.

NOVELA

HERNANDEZ CATÁ, Alfonso:—*La juventud de Aurelio Zaldivar*.—Barcelona, Sopena.—1 peseta.

LOPEZ DE HARO, Rafael:—*La novela del honor*.—Barcelona, Sopena.—1'50 pesetas.

VARGAS VILA:—*Vuelo de cisnes*. Dístico pasional.—Barcelona, Sopena.—2 pts.

VARIOS

ALCAZAR ALVAREZ, Juan:—*Estudio filosófico crítico del libro*. «Progreso y miseria», de Henry George, en sus cuestiones fundamentales y el alivio social.—Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1917.—4 pesetas.

MONTALVO, Juan:—*Geometría moral*: Con una carta-prólogo de don Juan Valera.—Madrid, 1916.—3'50 pesetas.